

# CIVILIZAR: LA NUEVA CONCIENCIA PLANETARIA

Tomado de Tierra Patria (1993) y Mis Demonios (1995)

Edgar Morin

“Nuestro universo es catastrófico desde el principio. Desde la formidable deflagración que lo hizo nacer, está dominado por las fuerzas de dislocaciones, desintegraciones, colisiones, explosiones, destrucción. Se constituyó en y por el genocidio de la anti-materia por la materia, y su terrorífica aventura prosigue entre devastaciones, carnicerías e inauditas dilapidaciones. El final es implacable. Todo morirá.

“En este espantoso desastre aparecieron unas débiles fuerzas de asociación y agregación que aprovecharon innumerables encuentros a lo largo de aquel batiburrillo para unir las partículas en núcleos, luego astros y átomos. Pero los miles de millones de galaxias sólo constituyen unas minorías aisladas y perdidas en un desorden y un vacío inconmensurables.

“Nacida en un minúsculo planeta en el seno de una extremada violencia de tempestades, erupciones y temblores de tierra, la vida, fruto de asociaciones entre miríadas de macromoléculas, lucha cruelmente contra la crueldad del mundo y resiste con crueldad la crueldad de la vida.

“Todos los vivos son arrojados a la vida sin haberlo solicitado, están condenados a la muerte sin haberlo deseado. Viven entre nada y nada, la nada de antes, la nada de después, rodeados también de nada. No son sólo los individuos quienes están perdidos sino, antes o después, toda la humanidad y, luego, los últimos vestigios de vida, la Tierra más tarde.

“No hay salvación en el sentido de las religiones de salvación que prometen la inmortalidad personal. No hay salvación terrestre, como prometió la religión comunista. Hay que renunciar radical y definitivamente a esta salvación. Debemos incluso renunciar a las promesas infinitas. El humanismo occidental nos destinaba a la conquista de la naturaleza, al infinito. La ley del progreso nos decía que éste iba a proseguir hasta el infinito. No había límites para el crecimiento económico, no había límites para la inteligencia humana, no había límites para la razón. El hombre se había convertido, por sí mismo, en su propio infinito. Hoy podemos rechazar estos falsos infinitos y tomar conciencia

de nuestra irremediable finitud.

“El verdadero infinito está más allá de la razón, de la inteligibilidad, de los poderes del hombre. ¿Tal vez nos atraviesa de parte a parte, totalmente invisible, y sólo se deja presentir por la poesía y la música?

“Debemos comprender que la existencia en el mundo físico (y la del propio mundo físico) se paga a un inaudito precio de degradación, de pérdida, de ruina, que la existencia viva se paga a un inaudito precio de sufrimiento, que cualquier gozo, cualquier felicidad humanos se hacen y se harán pagar con la degradación, la pérdida, la ruina y el sufrimiento.

“Todo ser viviente mata y come seres vivientes. Los propios vegetales se alimentan de sales minerales surgidas de los residuos cadavéricos. Cualquier ciclo ecológico de vida es, al mismo tiempo, un ciclo de muerte. Este ciclo de muerte es, al mismo tiempo, un ciclo de solidaridad. Ese ciclo de solidaridad es, al mismo tiempo, un ciclo de destrucción. Las especies luchan contra la muerte, unas, insectos y peces, multiplicando sus huevos, otras, pájaros y mamíferos, protegiendo su progenie.

“Sin estas débiles fuerzas de resistencia a la crueldad no habría vida. Sin estas débiles fuerzas sólo habría desolación. Pero sin la integración de la crueldad por la vida tampoco habría vida. La crueldad es constitutiva del universo, es el precio que debe pagarse por la gran solidaridad de la biosfera, no puede eliminarse de la vida humana. Hemos nacido en la crueldad del mundo y de la vida, a la que le hemos añadido la crueldad del ser humano y la crueldad de la sociedad humana. Los recién nacidos nacen aullando de dolor. Los animales dotados de sistema nervioso sufren. Tal vez también los vegetales, pero son los humanos quienes han adquirido las mayores aptitudes para el sufrimiento al adquirir las mayores aptitudes para el goce. La crueldad del mundo es experimentada más viva y violentamente por las criaturas de carne, de alma y de espíritu, que pueden sufrir y que, por el espíritu, pueden concebir la crueldad del mundo y horrorizarse frente a él.

“La crueldad en las relaciones entre humanos, individuos, grupos, etnias, religiones, razas, es terrorífica. El ser humano contiene en su seno un hormiguero de monstruos que libera en cualquier ocasión favorable. El odio estalla por una nadería, un olvido, la suerte del otro, un favor del que nos

creemos privados. El odio abstracto por una idea o una religión se convierte en odio concreto por un individuo o un grupo. El odio demente se desencadena por un error de percepción o de interpretación. El egoísmo, el desprecio, la indiferencia, la falta de atención agravan por todas partes, y sin cesar, la crueldad del mundo humano. Y, en los subsuelos de las sociedades civilizadas se tortura animales para el matadero o la experimentación. El exceso de crueldad alimenta consigo mismo, por saturación, la indiferencia y la falta de atención, y por lo demás nadie podría soportar vivir si no mantuviera en sí un callo de indiferencia.

“El aumento de la dependencia del dinero, de la independencia por el dinero, y del poder del dinero generaliza y amplía las implacables avidedeces. La técnica y la burocracia propagan una inhumanidad gélida, mecánica, que desintegra con sus cuantificaciones las realidades vividas por los seres de carne, de sangre y de alma. La especialización y la compartimentación destruyen el sentido de la responsabilidad. Así se aumenta la crueldad por indiferencia, falta de atención y ceguera.

“Cada vez habrá más fuentes de angustia, y cada vez habrá más necesidad de participación, de fervor, de fraternidad, los únicos que saben, no aniquilar, sino rechazar la angustia. El amor es el antídoto, la réplica –no la respuesta– a la angustia. Es la experiencia fundamentalmente positiva del ser humano, donde la comunión, la exaltación de sí, del otro, son elevadas hasta su mejor nivel, cuando no están alteradas por la posesividad. ¿No podríamos descongelar la enorme cantidad de amor petrificado en religiones y abstracciones, dedicarlo no ya a lo inmortal sino a lo mortal?

“Pero, incluso en ese caso, la perdición permanecerá inscrita en nuestro destino.

“Esta es la mala nueva: estamos perdidos, irremediablemente perdidos. Si hay un evangelio, es decir una buena nueva, debe partir de la mala: estamos perdidos y sin embargo tenemos techo, casa, patria: el pequeño planeta donde la vida levantó su jardín, donde los humanos levantaron su hogar, donde la humanidad debe reconocer ya su casa común.

“No hay salvación si la palabra significa escapar a la perdición. Pero si la salvación significa evitar lo peor, hallar lo mejor posible, entonces nuestra salvación personal está en la conciencia, en el amor y en la fraternidad, nuestra salvación colectiva es evitar el desastre de una muerte prematura de la humanidad y convertir la Tierra, perdida en el cosmos, en nuestro «puerto de salvación».

“No es la Tierra prometida, no es el paraíso terrenal. Es nuestra patria, el lugar de nuestra comunidad de destino de vida y muerte terrenas. Debemos cultivar nuestro jardín terrestre, lo que significa **civilizar la Tierra**.

“¿Civilizar la Tierra? ¿Pasar de la especie humana a la humanidad? ¿Pero qué esperar del Homo sapiens demens? ¿Cómo ocultar el gigantesco y terrorífico problema de las carencias del ser humano? En todo tiempo, por todas partes, dominación y explotación han predominado sobre la ayuda mutua y la solidaridad; en todo tiempo, por todas partes, el odio y el desprecio han predominado sobre la amistad y la comprensión, por todas partes las religiones de amor y las ideologías de fraternidad han aportado más odio e incompreensión que amor y fraternidad.

“Debemos superar la repulsión ante lo que no se adecua a nuestras normas y tabúes, y superar la enemistad contra el extranjero, sobre el que proyectamos nuestros temores a lo desconocido y lo extraño. Ello exige un esfuerzo recíproco procedente de ese extranjero, pero hay que comenzar por comenzar...

“Las únicas resistencias están en las fuerzas de cooperación, comunicación, comprensión, amistad, comunidad, amor, siempre que estén acompañadas por la perspicacia y la inteligencia, cuya ausencia puede, por el contrario, favorecer las fuerzas de la crueldad... Son siempre las más débiles, pero gracias a ellas hay sociedades vivibles, familias amantes, amistades, amores, abnegaciones, caridades, compasiones, entusiasmos y, gracias a ellas, de caos en tumbo, de tumbo en caos, el mundo funciona, caín-sinamente sin verse total y permanentemente sumergido por la barbarie. Estas virtudes comportan en sí mismas crueldad para quien les es exterior, antagonista o simplemente indiferente, pero son ellas las que hacen vivible la vida, no deseable la muerte; son ellas las que, en el nivel de los humanos, mantienen lo que hay de más precioso y que, al mismo tiempo, es lo más mortal y amenazado, y el amor por encima de todo.

“Estas débiles fuerzas son las que nos permiten creer en la vida, y la vida lo que nos permite creer en estas débiles fuerzas. Sin ellas, sólo habría el horror de la pura coerción, de la destrucción en masa, de la desintegración generalizada. La peor crueldad del mundo y lo mejor de la bondad del mundo están en el hombre. Debemos tomar conciencia, correlativamente, de la perdición terrestre y de la crueldad del mundo. De este modo, el evangelio de la perdición comporta la ética de la solidaridad

que es, a su vez, ética de la resistencia a la inmensa crueldad del mundo.

“Debemos resistirnos a lo que separa, a lo que desintegra, a lo que aleja, sabiendo que la separación, la desintegración, el alejamiento ganarán la partida. La resistencia es lo que acude en ayuda de esas débiles fuerzas, es lo que defiende lo frágil, lo perecedero, lo hermoso, lo auténtico, el alma. Es lo que puede abrir una brecha en el plexiglás de la indiferencia para, de sonrisa en sonrisa, consolar los llantos. Sonreír, reír, bromear, jugar, acariciar, abrazar es también resistir.

“Resistir, resistir primero a nosotros mismos, nuestra indiferencia y nuestra falta de atención, nuestro cansancio y nuestro desaliento, nuestros malos impulsos y mezquinas obsesiones. Resistir por/para/con amistad, caridad, piedad, compasión, ternura, bondad. La resistencia a la crueldad del mundo debe intentar mantener la unión en la separación, atar lo que es libre dejándolo libre, provocar el arrepentimiento concediendo el perdón.

“La aventura sigue siendo desconocida. Tal vez la era planetaria se hunda antes de haber podido florecer. Tal vez la agonía de la humanidad sólo produzca muerte y ruinas. Pero lo peor no es seguro todavía, no todo está todavía decidido. Sin que exista por ello certidumbre, ni siquiera probabilidad, hay posibilidad de un porvenir mejor.

“La tarea es inmensa e incierta. No podemos sustraernos a la desesperanza, ni a la esperanza. La misión y la dimisión son igualmente imposibles. Debemos armarnos de una «ardiente paciencia». Estamos en vísperas, no de la lucha final, sino de la lucha inicial.

“Proseguir el esfuerzo cósmico desesperado que, en el humano, toma la forma de una resistencia a la crueldad del mundo es lo que yo denominaría esperanza.